

EL MAGISTERIO UNIVERSAL Y LA EXEGESIS EN EL ÚLTIMO SIGLO

El propósito de estas líneas es reflexionar sobre las relaciones entre el magisterio y la exégesis en tiempos recientes. Por ello parece necesario recordar algunos datos históricos del último siglo. Pero al no ser mi intención hacer una historia de todas las vicisitudes y peripecias de estas relaciones, tales datos serán forzosamente breves y más bien orientativos. Para más detalles y análisis más detenidos me remito a otros trabajos ya existentes. Mencionaré más ampliamente hechos y documentos menos conocidos, suponiendo el conocimiento de los más importantes¹.

I. LOS COMIENZOS

Es sobradamente conocida la situación de la exégesis católica hace cien años. Hacia 1880 el enfoque tradicional, en el peor sentido del

¹ Existen muchas obras de diversas tendencias ideológicas y simpatías exegéticas que describen esta situación y su posterior evolución. Por citar algunas cfr. J. LEVIE, *La Biblia Palabra humana y Mensaje de Dios*, Bilbao 1961, 63-266; M. de TUYA - J. SALGUERO, *Introducción a la Biblia*, Madrid 1967, 242-260; S. del PÁRAMO, *Síntesis histórica de la cuestión bíblica desde sus orígenes hasta la Encíclica «Humani generis»*: EstEcl 25 (1951) 435-473; S. MUÑOZ IGLESIAS, *Doctrina pontificia I. Documentos bíblicos*, Madrid 1955, donde se hace una síntesis semejante en las p. 31-149.

término, predominaba en casi todas partes. También en instituciones de reciente fundación, como el Instituto Católico de París o la Universidad de Lovaina.

La aceptación de los métodos histórico-críticos es, con honrosas excepciones, francamente reducida², como lo es también el mismo aprecio práctico y uso de la Escritura en la vida de instituciones teológicas y pueblo cristiano.

Ciertamente un Cardenal, Ceferino González, exhortaba a una exégesis abierta, científica y en consonancia con los tiempos y mentalidad modernas³. Esos deseos, elogiados por Lagrange⁴ y tomados como programa de la *Revue biblique*, sin embargo no eran del gusto de la mayoría y encontraron dificultades⁵. Había, desde luego, pequeños datos esperanzadores, como los planteamientos iniciales de la llamada posteriormente «cuestión bíblica» en orden a resolverla de acuerdo con una visión más progresiva. Se creaba la mencionada *Revue biblique*. Pero en una visión global puede suscribirse la opinión en el sentido indicado de contemporáneos como el padre de la moderna exégesis católica, M. J. Lagrange, testigo de excepción de la época, quien afirma la triste situación de la exégesis en aquel momento⁶, y Scholz en otro artículo de la época⁷.

Ello es patente, además, a cualquier observador de la producción exegetica católica, como los comentarios históricos señalan.

II. HISTORIA DE LAS INTERVENCIONES DEL MAGISTERIO UNIVERSAL

En este panorama irrumpe la encíclica «Providentissimus» de León XIII en 1893. Conocido es de sobra su contenido. Baste recordar cómo entre grandes precauciones, propias de aquellos años, impulsa el estudio de la Biblia en el plano científico, abriendo un poco el horizonte y las esperanzas de los estudiosos católicos⁸. La encíclica

² J. LEVIE, *La crise de l'Ancient Testament*: NRT 56 (1929) 828.

³ C. GONZÁLEZ, *La Biblia y la Ciencia*, Madrid 1891, XV-XXXIV.

⁴ *Le Père Lagrange au service de la Bible. Souvenirs personnels*, Paris 1967, 44.

⁵ LAGRANGE, o.c., 45.

⁶ M. J. LAGRANGE, *À propos de l'Encyclique «Providentissimus»*: RB 4 (1895) 59-61.

⁷ SCHOLZ, *Zur Encyklika «Providentissimus Deus»*: TO 76 (1894) 414.

⁸ *Enchyridion Biblicum*, 4.ª ed., 118-122. Citado en adelante EB.

solucionaba bien las dificultades surgidas contra la inerrancia en el campo de las ciencias naturales, pero no hacía lo mismo con las históricas. En ese sentido la apertura es muy limitada⁹.

Por estos y otros motivos puede opinarse de este documento de modo diferente, tal como lo hicieron los propios contemporáneos y está señalado más abajo. Pero los resultados inmediatos permiten emitir razonablemente un juicio positivo sobre su efecto.

Sin embargo, no todas las intervenciones de la Santa Sede van en esta línea. Así se da una carta al Guardián General de los Franciscanos en 1898¹⁰ y una carta a los obispos y clero franceses¹¹, poniendo en guardia contra los excesos de la nueva exégesis, que, en honor a la verdad, bien poco había entrado todavía entre los católicos. También un decreto de la Inquisición universal afirma la autenticidad del «*comma joanneum*» en 1897, corregido posteriormente¹².

Con todo, León XIII prosigue su principal línea de avance con la Carta Apostólica «*Vigilantiae*», de 1902, creando la Pontificia Comisión Bíblica¹³. Dada la complicada historia posterior de esta Comisión, conviene subrayar una finalidad fundamental de ella en la intención del Pontífice: fomentar la investigación y la crítica de la Biblia, usando prudentemente los nuevos métodos¹⁴. Ello habría de llevarse a cabo dentro de y con la dirección de la Iglesia. También la Comisión habría de ejercer funciones de discernimiento, vigilancia y seguimiento¹⁵. No puede decirse honradamente que esta iniciativa papal fuera, sin más, coercitiva o encaminada a controlar y cerrar caminos. Ello se manifiesta en los mismos nombramientos de miembros y consultores, donde aparecen, al lado de exegetas conservadores, nombres como el de Lagrange. Uno puede pensar, sin duda, que esta combinación era por política. Pero también es posible que responda a esa doble intención señalada.

⁹ A. VARGAS-MACHUCA, *La enseñanza de la Sagrada Escritura en la Facultad de Teología de Oña en relación con los documentos pontificios 1880-1890: EstEcl 56* (1981) 587.

¹⁰ *S.D.N. Leonis P. XIII... acta praecipua vol. VII (1897-1900)*, Brugis et Insulis 1906, 204-208.

¹¹ *Ibíd.* 284-306, especialmente p. 294.

¹² EB 135-136.

¹³ EB 137-148.

¹⁴ Así, sus miembros «*primum omnium probe perspecto, qui sunt in his disciplinis hodie ingeniorum cursus, nihil ducant instituto suo alienum quod recentiorum industriae repererit novi: quin immo excubent animo, si quid dies afferat utile in exegesi biblican, ut id sine mora assumant comunemque in usum scribendo convertant*» EB 140.

¹⁵ EB 144.

La Comisión tenía una cierta ambigüedad en su misión. Combinar el fomento de la ciencia desde posiciones administrativas —cosa de por sí no fácil—, con la inevitable función de vigilancia, era tarea harto complicada. Ello explica las ironías de Loisy a este respecto¹⁶ y el deslizamiento posterior de las actividades de la Comisión hacia una sola de las dos vertientes: la de freno y control.

Uno de los últimos actos de León XIII, respecto a los estudios y actividad bíblica en general, es hacer de la «Revue Biblique» órgano oficial de la Comisión bíblica, a pesar de que esta publicación ya había sufrido diversos ataques por parte de los conservadores¹⁷.

Como resultado de este rápido repaso es preciso decir: con León XIII (¡y el Cardenal Rampolla!) el Magisterio apoya discretamente la investigación, enseñanza y uso de la Escritura con alguna comprensión de la situación moderna en cuanto a mentalidad y métodos. Desde luego existen temores y explicables precauciones. Pero la actitud fundamental es de recepción prudente y crítica de los avances exegéticos contemporáneos. Existe preocupación real por recuperar para la Sagrada Escritura un puesto importante dentro de la vida de la Iglesia.

Con el pontificado de Pío X la situación inicialmente no sufre demasiados cambios. Este Papa instituye los grados bíblicos en 1904 para animar el estudio de la Biblia¹⁸, fomenta el mismo estudio en los seminarios con la Carta Apostólica «Quoniam in re biblica»¹⁹ y documentos complementarios un poco después²⁰. En 1909 funda el Instituto Bíblico con la «Vinea electa»²¹, superando para ello obstáculos que el mismo Papa anterior había encontrado y le habían hecho desistir. El Instituto tiene estos fines: promover los estudios bíblicos²², defender la verdad católica²³, haciendo que en la Iglesia haya medios oportunos para estos estudios²⁴ y, por último, tutelar y defender la doctrina sana²⁵.

Aparece aquí una ambigüedad semejante a la del nacimiento de la Comisión Bíblica, y sería simplista e injusto ver esta actuación papal sólo desde el punto de vista defensivo o conservador.

¹⁶ A. LOISY, *Mémoires* II, Paris 1931, 86-87.

¹⁷ *Le Père Lagrange...* 126-128, 338-340.

¹⁸ EB 149-157.

¹⁹ EB 162-180.

²⁰ S. MUÑOZ IGLESIAS, *Documentos...*, 377-378.

²¹ EB 282-323.

²² EB 286.

²³ EB 287.

²⁴ EB 288.

²⁵ EB 289.

Sin embargo, en honor a la verdad, esta ambigüedad, en aquel momento, respondía a algo más: concretamente, a un avance de posiciones comprensiblemente cautelosas y más conservadoras (¡Estamos en la crisis modernista!). Ya las primeras respuestas de la Comisión Bíblica²⁶, a partir de 1905, son restrictivas y cerradas, aun con algunos matices en unas pocas de ellas, dejando portillos abiertos, útiles cuando más adelante hubieran de ser explicadas, reinterpretadas y... hasta cierto punto desautorizadas. Pero hasta 1933 todavía nos vamos a encontrar con respuestas de este mismo tipo²⁷. Sin duda la Comisión evolucionó rápidamente hacia una de sus finalidades, la de censura y vigilancia.

En 1907 aparece el Decreto «Lamentabili» y la Encíclica «Pascendi», harto conocidos. Para nosotros es importante sólo notar la preponderancia de puntos sobre exégesis y hermenéutica bíblicas. Las condenas allí emanadas son fuertes, y además de producir su efecto de defensa contra el modernismo, crean un ambiente de inseguridad y recelo entre los exegetas progresistas del tiempo, particularmente por el apoyo que los elementos conservadores creen encontrar para sus posiciones, más reaccionarias que las de los documentos.

Probablemente es la ciencia bíblica católica la disciplina más afectada por la condena de la crisis modernista, como veremos más adelante. Con todo hallamos serios intentos de hacer compatible el contenido y tono del Decreto con una investigación en la línea avanzada²⁸.

Pero hay más. Otro Motu Proprio de 1907, el «Praestantia Sacrae Scripturae», obliga en conciencia a aceptar los decretos de la Comisión bíblica, declarando la excomunión a los contradictores²⁹. La principal finalidad de este documento es determinar con exactitud la competencia de la Comisión, equiparándola en funciones y autoridad a las demás congregaciones romanas. El tono es el propio de la época en estos temas. No debe sorprender excesivamente, pues se trata de un eslabón más en la cadena de control de la exégesis católica y de dirección en un sentido determinado.

Otro más, el «Illibatae» impone un juramento a los doctores en Sagrada Escritura en que se comprometen a aceptar las enseñanzas

²⁶ EB 160-161, 181-184, 187-189, 276-280, 324-339, 383-411.

²⁷ EB 513-514.

²⁸ Así M. J. LAGRANGE, *Le décret «lamentabili sane exitu» et la critique historique*: RB 16 (1907) 542-554.

²⁹ EB 271-272.

de la «Providentissimus», pero también el contenido del «Praestantia Sacrae Scripturae»³⁰.

Simultáneamente, al comenzar a publicarse las «Actas Apostolicae Sedis» pasan a ser, como es lógico, órgano oficial de la Comisión Bíblica³¹. Ello no parece tener gran alcance para nuestro punto, porque se trata de algo circunstancial y comprensible. Como tampoco revisten excesiva importancia las normas para los exámenes ante la Comisión³².

Resumiendo y simplificando algún tanto: durante este pontificado, comenzado en una línea no muy diferente de la del anterior, se produce una evolución de grandes consecuencias. Causada por la crisis modernista, la actitud cambia. Predominan condenas, tomas de posición defensivas, cautelas y frenazos.

Evidentemente, no se puede hablar de blanco y negro. Al lado de esta actitud coexiste en los documentos y actividad pontificia un auténtico interés por fomentar el estudio y conocimiento de la Biblia en la Iglesia, y también por su difusión entre los diversos grupos cristianos, especialmente sacerdotes y seminaristas³³.

Pero globalmente puede afirmarse con un exegeta moderno que, aun teniendo en cuenta las difíciles circunstancias de la época, las intervenciones de la Comisión bíblica —y quizás podría extenderse este juicio a casi todas las demás— dificultaron la investigación y silenciaron los inteligentes planteamientos a los problemas contemporáneos, que procuraban entenderlos y responderlos a la luz de un conocimiento más a fondo de la Escritura, en consonancia con los tiempos. Sólo más tarde se hizo justicia a este movimiento³⁴.

En los papados de Benedicto XV y Pío XI las actuaciones del Magisterio en torno a temas escriturísticos no cambian demasiado. Continúa la misma línea de respuestas en la Comisión Bíblica³⁵. En un nivel más alto de magisterio, la encíclica «Spiritus Paraclitus» de 1920 no aporta modificaciones sustanciales³⁶. Los temas son los mismos

³⁰ EB 341.

³¹ EB 281.

³² EB 344-382.

³³ Aparte de los ya citados ver otros documentos en este sentido de esta época y de algo más tarde en S. MUÑOZ IGLESIAS, *Documentos...* 377-378: una carta circular de la Congregación Consistorial a los ordinarios de Italia donde se reiteran estas normas y 400-402 de la Congregación de Seminarios y Universidades, también a los obispos de Italia acerca del mismo punto y con parecidas recomendaciones.

³⁴ A. VARGAS-MACHUCA, o.c., p. 589-590.

³⁵ Cf. EB 414-416, 497-512, 513-520.

³⁶ EB 440-495.

de tiempos anteriores: problemática sobre la inspiración, autoridad, verdad de la Escritura, autenticidad e historia..., y con un tratamiento parecido. Es de considerar, con todo, el que no acentúe la rigidez de ciertas posturas. Escrutando atentamente las líneas de este documento pueden percibirse ligerísimos síntomas esperanzadores, pues confirma las enseñanzas de la «Providentissimus»³⁷, anima a un estudio serio de la Escritura, insistiendo en el sentido literal, como base de los demás. Pero también reitera posiciones reprobatorias de procedimientos modernos de crítica³⁸. Alguien ha llegado a decir que con estas condenas la exégesis católica oficial retrocedía a las posiciones de 1893³⁹. Sin llegar a suscribir íntegramente esa afirmación, es preciso reconocer que aún no había llegado el momento del cambio. ¡Debían pasar otros veinte años!⁴⁰.

En conjunto hay pocos datos nuevos de este período. Así libros dedicados a este estudio pasan directamente de Benedicto XV a Pío XII⁴¹.

Efectivamente, el deshielo empieza a producirse con Pío XII, con la carta de la Comisión Bíblica a los obispos de Italia en 1941⁴², alentando nuevamente al estudio científico de la Biblia, en contra de algunas tendencias opuestas, presentes en Italia.

La misma Comisión anima en 1943 a la traducción de la Biblia en lenguas modernas⁴³. Paso decisivo, la «Divino Afflante Spiritu». Siendo el documento moderno sobre la Sagrada Escritura más conocido, será comprensible ahorrar al lector la pesadumbre de la repetición. Notaré sólo el espíritu constructivo, abierto y progresista de la encíclica, prudente y animador. Fue un respiro para la agobiada exégesis católica. El tema, siendo esencial, no necesita aquí mayores consideraciones.

Continúa Pío XII en esta línea con la célebre Carta que la Comisión Bíblica dirigió al Cardenal Suhard⁴⁴, y una instrucción de la misma Comisión sobre la enseñanza de la Escritura en los seminarios⁴⁵, de tono más cauto, pero abierto. Nótese que esto sucede en 1950, el

³⁷ EB 452, 455, 474 y sobre todo 481-486.

³⁸ EB 461-462.

³⁹ A. VARGAS-MACHUCA, o.c., 592.

⁴⁰ La impresión es compartida por otros que han estudiado este período, cf.

A. VARGAS-MACHUCA, o.c., 605-606.

⁴¹ S. MUÑOZ IGLESIAS, *Documentos...*, 114.

⁴² EB 522-533.

⁴³ EB 535-537.

⁴⁴ EB 577-581.

⁴⁵ EB 582-610.

año de la «*Humani generis*», en la cual puede notarse un cierto frenazo, pero más en lo tocante a cuestiones dogmáticas que exegéticas. También se da una cierta reprobación de un libro sobre los Salmos en 1953⁴⁶, o un documento sobre congresos bíblicos en que se exhorta a la prudencia⁴⁷. Ello quiere decir que el avance no es lineal y simultáneo. Pero se mantiene su sentido principal.

Por otra parte se dan los artículos de A. Miller y A. Kleinhaus, secretario y subsecretario, respectivamente, de la Comisión Bíblica, compensando las posibles reticencias y marcando la justa libertad de la exégesis⁴⁸.

Ciertamente estos cambios no se producen en la Iglesia de la noche a la mañana, ni de forma automática y universal. Por esto todavía se dan ciertas condenas o puestas en guardia⁴⁹ en tiempos contemporáneos a los avances señalados. Pero cada vez son menos taxativas en sus términos, menos abundantes en número y se refieren no sólo a obras «progresistas», sino conservadoras en exceso, como la de Dain Cohenel. Además proceden más del Santo Oficio que de la Comisión Bíblica, y pronto desaparecen por completo en los niveles más oficiales y públicos.

Reconocido, como es de justicia, este cambio en la actitud del Magisterio, hay que observar cómo no se debe únicamente a decisiones personales. Al igual que la crisis modernista repercutió en la reacción del magisterio en sentido contrario, el ambiente general de los años anteriores y contemporáneos a Pío XII en los medios bíblicos influye en esta apertura o, por mejor decir, reapertura.

Esta tónica se conserva los años siguientes, precisamente al no darse intervenciones en sentido diferente, aun cuando inmediatamente antes del Concilio se produjeran tensiones entre círculos vaticanos y el Instituto Bíblico, a raíz de la aparición y traducción de la *Introducción a la Biblia* de Robert-Feuillet. Y lo mismo, ciertas actuaciones del Santo Oficio y alguna otra Congregación, tan tarde como 1961⁵⁰. Pero no fueron de un nivel oficial tan alto como cuanto aquí hemos

⁴⁶ EB 621.

⁴⁷ EB 622-633.

⁴⁸ Respectivamente en *Benediktinische Monatschrift* 31 (1955) 49-59 y *Antonianum* 30 (1955) 63-65. Comentarios a estas comunicaciones cfr. J. DUPONT, *A propos du nouveau Enchiridion biblicum*: RB 62 (1955) 414-419, y E. VOGT, *De decretis Commissionis Biblicae distinguendis*: Bib 36 (1955) 564-565.

⁴⁹ S. MUÑOZ IGLESIAS, *Documentos...*, 624-627.

⁵⁰ A. VARGAS-MACHUCA, o.c., p. 616-617; J. R. SCHEIFLER, *Los Evangelios*, en L. ALONSO SCHÖKEL (ed.), *Comentarios a la Constitución Dei Verbum sobre la Divina Revelación*, Madrid 1969, 578-643, en p. 605-606.

reseñado, y fueron superadas felizmente. Ellas forman parte de historias más detalladas. Queden mencionadas aquí para ver cómo el camino ha sido, en ocasiones, tortuoso y no fácil del todo.

Por último, el Vaticano II, en su Constitución «*Dei Verbum*» sobre todo, y también en su praxis de uso de la Escritura y asesoramiento de los exegetas, da el respaldo definitivo a los «nuevos» métodos y tendencias, ya viejos de casi cien años para entonces⁵¹.

III. LINEAS GENERALES

De este repaso al Magisterio emergen ciertas consideraciones. Simplificando puede decirse que de 1893 a 1905, o poco antes, se da una actitud de fomento de estudios bíblicos conforme a los nuevos avances científicos, con claras cautelas, pero en un sentido abierto y receptivo. Desde 1905 a 1940, o poco después, se atraviesa un período de desconfianza, de donde se sigue una no indiferente represión y falta de atención a la exégesis. Por último, de 1940 en adelante, una lenta recuperación de la actitud primera, actualizada y puesta al día. Con alguna oscilación se camina por el aliento a la exégesis moderna.

Algún conocido exegeta ha calificado estas relaciones entre el Magisterio y la Exégesis como de amor y odio. Efectivamente así son. Resulta muy instructivo observarlas de cerca. Desde luego, aun en los momentos de mayor reticencia, nunca cae el Magisterio pontificio en aberraciones, como sería no fomentar el estudio de la Sagrada Escritura. Todo lo contrario. Objeto de las cautelas no es el estudio en sí, sino la llamada «nueva exégesis», los métodos histórico-críticos, sus posibles amenazas, sus consecuencias... Aun en esos mismos momentos se insta a un conocimiento mayor y más profundo de la Biblia, se arbitran medios y medidas para ello. Ahora bien, ¿cómo sería posible llevar a cabo esta tarea en el siglo xx sin usar los métodos en cuestión? Por un lado se cae en la cuenta de la necesidad de tales métodos. Pero del otro se perciben los peligros —¡no siempre teóricos o hipotéticos!— de ellos; se desea aceptarlos, pero con mesura y prudencia, con seguridad y sin traumatismos; con fidelidad a la mejor tradición en todos los campos y con apertura a la modernidad.

Hasta un cierto punto sería explicable hablar de bandazos. Pero

⁵¹ Más detalles sobre este famoso documento se encuentran profusamente en la obra apenas citada de L. ALONSO SCHÖKEL, *Comentarios...*

no sería exacto. Porque las circunstancias tienen una influencia grande en las actitudes eclesiales, que pretenden acomodarse a la realidad total. Así, si se me permite usar un futurible, sin la crisis modernista, la línea comenzada tímidamente con León XIII no se hubiese visto truncada o retardada durante más de 30 años. Pero los hechos fueron de otra manera.

IV. LOS EXEGETAS

Hacia 1890 la situación quedó apuntada más arriba.

Con el impulso leonino se asiste a un notable avance exegetico⁵². No sin polémicas ni dificultades, algunos exegetas acogen la encíclica en su intención de hacer progresar la interpretación católica de la Escritura⁵³. Así lo entiende el mismo Loisy en ese momento, a pesar de que justamente en los mismos días de la aparición de la «Providentissimus» había sido destituido de su cargo de profesor en el Instituto Católico de París. Sin embargo se adhiere a la encíclica, en una carta al Papa en 8 de diciembre de 1893, junto con un memorial sobre sus teorías exegeticas, que no es reprobado. Hasta llega a ayudar a defender la encíclica en Inglaterra⁵⁴. Evidentemente puede tratarse de actitudes políticas o tácticas, pero también es posible la interpretación contraria: de alguna acogida de los principios del documento, sobre todo en un panorama en que suponían un cierto avance.

No todos los estudiosos aprovechan la oportunidad, grande o pequeña, que brindaba el documento. Para muestra, un botón: léanse los artículos de J. Brucker, para quien la «Providentissimus» no supone cambios esenciales⁵⁵. Y no es el único.

De esta manera, para abreviar, pueden distinguirse tres grupos entre los escrituristas del tiempo: conservadores cerrados, progresistas

⁵² J. LEVIE, *La crise de l'Ancient Testament*: NRT 56 (1929) 828.

⁵³ Esto es patente en los artículos citados en las notas 6 y 7 de este mismo artículo de M. J. Lagrange y Scholz respectivamente.

⁵⁴ A. LOISY, *Mémoires* I, 332-333. Más adelante, en 1930 dirá: «Ainsi Léon XIII a fait exactement pour la science de la Bible ce qu'il avait fait à l'égard de la philosophie religieuse: il a fermé plus hermétiquement une porte qu'il se persuadait avoir, autant qu'il fallait, ouverte aux meilleurs courants du siècle» I, 309. Pero este juicio tardío no parece haber sido el que tuvo en su momento contemporáneo a la encíclica, a juzgar por su reacción.

⁵⁵ Véanse en *Études* 61 (1894) 545-565; 619-641.

instruidos y moderados, tipo Lagrange y su École, von Hummelauer o Zanecchia; y progresistas excesivos como Loisy.

Los conservadores desatan polémicas contra los nuevos métodos y sus representantes⁵⁶. Pueden aceptarse sus intenciones, pero no tanto aprobar sus métodos exegeticos y políticos intraeclesiales, y mucho menos alabar su visión miope y temerosa, cerrada a un futuro inevitable. Uno se pregunta si este tipo de exegetas había entendido la encíclica de León XIII. Ahí está la primera edición del *Dictionnaire de la Bible*, publicado entre 1897 y 1902, para probarlo.

Aun así, el Magisterio apoya, al menos en parte, el movimiento renovador. Un Lagrange es recibido y alentado en su tarea por el mismo Pío X en los primeros tiempos de su pontificado⁵⁷.

A pesar de las dificultades, son años esperanzadores, debidos precisa, aunque no únicamente, a intervenciones magisteriales o de gobierno de la Iglesia. No siempre, en efecto, tales intervenciones son para frenar o poner cautelas⁵⁸.

Desde luego la situación era compleja. Para algunos los actos del Magisterio cerraban y daban pábulo a la intolerancia y al peor conservadurismo. Véanse, por ejemplo, las críticas de A. Houtin a la «Providentissimus» y a las actuaciones papales y episcopales⁵⁹. Y desde posiciones estrictamente contrarias se sacaban las mismas consecuencias. Así la Compañía de Jesús adopta oficialmente una postura reticente ante la nueva exégesis, como lo muestra una carta del P. Luis Martín, General de la Compañía, el 4 de noviembre de 1904⁶⁰. La misma carta indica que algunos, contrariamente a la propia actitud del General, veían esta exégesis apoyada por la Santa Sede, lo cual confirma las apreciaciones anteriores sobre la posición relativamente abierta del Magisterio papal. Pero el conjunto del documento insiste en indicar los peligros del llamado «método histórico».

Quizás, por menos conocidos, resulten interesantes estos datos y su comentario «desde dentro».

La mayor parte de los jesuitas, a finales del siglo pasado y comienzos del presente, constituía un bastión de monolítica «ortodo-

⁵⁶ *Le Père Lagrange...*, 82-83, 84-90, 92-105 para los numerosos y tristes detalles de esos ataques contra las nuevas tendencias.

⁵⁷ *Ibid.*, 106.

⁵⁸ Cf. la larga lista de publicaciones de este período en J. Levie, *La Biblia Palabra humana y Mensaje de Dios*, 71-75.

⁵⁹ A. HOUTIN, *La question biblique chez les catholiques de France au XIX^e siècle*, Paris 1902, 165-185.

⁶⁰ *Epistolae Selectae Praepositorum Generalium Societatis*, Romae 1911, 258ss.

xia», tanto en muchos de sus miembros como en el vértice. Una muestra interesante son las líneas de esta carta:

«non enim ignorat R^a V^a, impietatem, posthabitis iam commentis, quibus Strauss totius religionis fundamenta subruere adortus fuerat, aliam nunc, ut eamdem metam contingat, viam iniuisse, videlicet methodum quam appellant historicam. Tota enim in eo est, ut ex ipsis Sacris Scripturis, ex historia, e recentioribus antiquitatis investigationibus argumenta eruat ad sacrorum librorum auctoritatem, in qua veluti firmissimo fundamento veritas revelata consistit, penitus convellendam. Et quidem iudicium internum, critice interne quam vocant, tormentum est validissimum, quo religionis hostes illius moenia expugnare aggrediuntur; atque huc talem congerunt eruditionis apparatus e veteribus monumentis desumptum, ut non paucos iam e catholicis ipsis viris deceperint...» (p. 258).

Estas expresiones suponen un conocimiento no indiferente del método histórico, como se le llama, y colocan el acento correctamente en sus características más importantes: la crítica interna y las fuentes. Pero todo termina ahí. Con esa base, o mejor, a pesar de ella, se hace un juicio más bien de intenciones, simplificado en una sola dirección y lleno de calificativos un tanto melodramáticos y retóricos. ¡Difícilmente hubieran reconocido los defensores de los nuevos métodos sus propósitos en aquéllos que la carta les atribuye!

Aquí tenemos un buen exponente de cómo se puede rechazar una novedad científica sin entrar en una discusión sobre ella, sino basándose en factores externos, simplemente afirmados. Así se dice que el método histórico pone en peligro la autoridad de la Biblia y, por ende, el fundamento de la verdad revelada. Este efecto es algo temido, pero no demostrado. Evidentemente, el documento analizado no es un tratado teológico, pero podrían apuntarse algunas explicaciones mayores de cuanto se dice, sobre todo cuando se trata de proposiciones tan importantes. En efecto, no parece justo, ni aun juicioso, reducir la pretensión del método nuevo a destruir la autoridad de la Escritura ni considerar la crítica interna meramente como un arma contra «los muros de la religión». Tampoco se da razón de cómo ni por qué produciría esos efectos.

Es fácil argumentar a posteriori, conociendo los resultados de las crisis. Pero la historia subsiguiente ha mostrado —¡y en muy poco tiempo!— el error de apreciación sobre los efectos de estos métodos en lo tocante a la religión y la fe.

Resulta notable el párrafo donde se rechazan las razones de los defensores de la nueva exégesis:

«Novi equidem, hanc recentiorem scholam, quae tan funestam opinionum intemperantiam invexit, iactando gloriari, se christianae Fidei contra novas impiorum et rationalistarum oppugnationes nova arma novamque methodum ministrasse. Sed haec quam vana sint et futilia, vel ex eo manifestum est, quod huiusmodi scholae deliramentis vera inspirationis doctrina, communis catholicorum Doctorum sensus, immo et sanae logicae leges pessum dantur» (p. 259).

Implícitamente se reconoce la buena voluntad de esta escuela, lo cual está en contradicción con el párrafo citado previamente. Su intención no puede ser más concorde con las de los propios conservadores. Pero no se está de acuerdo con el sistema propuesto y se enjuician peyorativamente sus opiniones. Las causas de este rechazo se reducen a una apelación general a una supuesta contradicción entre las nuevas opiniones y la «verdadera doctrina de la inspiración», el «sentir común de los doctores católicos» y las «sanas leyes de la lógica». Prescindiendo de esta última expresión, más discutible aún que el resto, resulta un poco sospechoso que no se entre en pormenores sobre qué es la «verdadera» doctrina de la inspiración. Y aún resulta menos claro el sentir común de los doctores. Precisamente ¿no se daba entonces una no pequeña discusión sobre la doctrina acerca de la inspiración? El autor de la carta pasa por encima de esta cuestión, dándola por resuelta y haciendo la impresión de conocer perfectamente las categorías y su contenido. Habla desde una seguridad desprovista de sentido crítico.

Una última pregunta: ¿de dónde procede ese temeroso recelo ante lo nuevo? Probablemente —si se quiere aventurar una pista de respuesta— sería necesario adentrarse en oscuros recovecos psicológicos o mentalidades dogmáticas a ultranza, lo que cae fuera de este estudio. La fe y la religión, con sus correspondientes fundamentos, pueden ponerse en peligro. De hecho, a lo largo de la historia ha sucedido. Pero ¿no indica una seguridad verbal tan grande en temas discutidos una inseguridad más interna, una falta de persuasión en la capacidad de resistencia de aquello que se quiere defender y una imposición externa? Ciertamente existen presupuestos dogmáticos irrenunciables, pero no pueden extrapolarse acriticamente. Y menos aún extender su influencia a campos discutidos y discutibles, sacando hipotéticas consecuencias.

Esta actitud de la Compañía produjo frutos concretos. El más significativo fue la dirección claramente conservadora del Instituto Bíblico, confiado a los jesuitas. Además otros miembros de la Orden, partidarios de las nuevas tendencias, como von Hummelauer, Knaben-

bauer, Gismondi, Prat, Schiffini, etc., fueron silenciados en estos temas y aun apartados de sus puestos docentes. Entre ellos había partidarios también de Lagrange, típico representante católico de la mentalidad progresiva. La carta citada no le nombra, pero alude a él con suficiente claridad. Por el contrario privan nombres como Fonck o Lino Murillo, de tendencia opuesta.

Las causas más profundas de esta actitud, no sólo de la Compañía de Jesús, sino de otros, ha de buscarse en la defensa contra la crisis modernista, por entonces en su apogeo. Además de las tradicionales razones de seguimiento de las orientaciones pontificias, influyó quizás en los jesuitas el hecho de que Tyrrell perteneciera a la Compañía. Pero la tónica es más general.

Las consecuencias de esta crisis salpican a Lagrange y a sus seguidores. En 1912 un decreto de la Congregación para el Consistorio manda desterrar de los seminarios una introducción especial al Antiguo Testamento de C. Holzhey, por atacar la autenticidad mosaica y valor histórico del Pentateuco y otros libros. Al final añade que, como muchos escritos del P. Lagrange tienen un espíritu similar, han de correr la misma suerte⁶¹. La misma Congregación explica, en carta al arzobispo de Siena en 22 de octubre del mismo año, las razones de estas medidas, ampliando el contenido del decreto. Muchas de las publicaciones reprobadas versan sobre los resultados de los métodos histórico-críticos empleados y sobre los mismos métodos⁶².

Lagrange, afectado profundamente, y entristecido en su honda fibra católica, se somete plenamente. Deja de publicar sobre el Antiguo Testamento y se pasa al Nuevo, que, curiosamente, suscitaba menos problemática; está dispuesto a transformar la «Revue Biblique» en revista de estudios palestinos y orientales⁶³; insiste en temas históricos, arqueológicos, etc.

Desde luego no es el único a quien afectan estas medidas. Poco después A. Colunga ve cómo se le impide publicar algunas obras sobre temas bíblicos, particularmente sobre la inspiración⁶⁴.

Hubo, antes de estos años, un serio intento de integrar los avances exegéticos dentro de la ciencia católica. En cuestiones básicas, como inspiración y verdad bíblica; en puntos metodológicos, como géneros

⁶¹ AAS 4 (1912) 530-531.

⁶² S. MUÑOZ IGLESIAS, *Documentos...*, 629-638.

⁶³ *Le Père Lagrange...*, 202-212. Para más particulares, no necesarios aquí, pero muy interesantes, en torno a estos años y personajes cf. F. M. BRAUN, *L'oeuvre du Père Lagrange*, Fribourg 1943, 87-131.

⁶⁴ *Servidor de la palabra. Miscelánea bíblica en honor del P. Alberto Colunga*, Salamanca 1979, 45-71.

literarios, crítica de fuentes, o en concepciones globales, como las relaciones entre la Sagrada Escritura y la ciencia o la historia, aparecieron trabajos serios, contemporáneos de las grandes obras exegéticas no católicas. Pero tal comienzo fue abortado.

Sería injusto, quizás, atribuir sin más este hecho al Magisterio. Los sectores conservadores son tanto o más responsables. Apoyados en una tradición reciente, en las ambigüedades de algunas medidas o en restricciones más claras, logran una momentánea y anacrónica victoria. Se la podría llamar pírrica a la vista del desarrollo posterior de los acontecimientos. Pero hizo demasiado daño para poder calificarla así.

A partir de esos años, en torno a 1910, se percibe un retraimiento de la actividad exegética estricta, sobre todo en lo tocante a los puntos considerados conflictivos. La mayoría de los estudiosos se callan, o pasan a dedicarse a traducciones de la Escritura, a ramas auxiliares, etc., sin afrontar problemas serios y grandes ⁶⁵.

Este panorama dura algunos decenios, de tal modo que hacia 1930 la situación es parecida a al de 60 años atrás, sobre todo en lo referente al Antiguo Testamento ⁶⁶.

De tal manera es cierta esta observación, que basta observar cómo las obras dedicadas al tema pasan muy deprisa sobre este período ⁶⁷. ¡Hay silencios que hablan por sí solos! Alguien ha llamado a este tiempo «período de confusión, que va desde la Encíclica 'Providentissimus Deus' hasta la 'Spiritus Paraclitus' e incluso hasta la 'Divino Afflante Spiritu'» ⁶⁸. Desgraciadamente no hay tal confusión, a mi modo de ver. A riesgo de melodramatizar, se trata de la calma del cementerio.

Debajo del desierto, sin embargo, fluía el agua. En primer lugar, los estudiosos neotestamentarios habían seguido su curso al encontrar durante estos años menos dificultades. Por otra parte, los avances filológicos, arqueológicos, orientalísticos, etc., y el creciente deseo de algunos sectores de fieles de un más adecuado conocimiento de la Biblia, conforme a la mentalidad del siglo xx, siguen preparando el terreno para la futura y definitiva situación. No se puede, en efecto, facilitar el acceso generalizado a la Biblia sin tener que afrontar sus

⁶⁵ Además de las obras citadas, véanse J. SALGUERO, *Situación actual de los estudios bíblicos en la iglesia católica. Realizaciones*: CuBi 16 (1959) 281-289, y J. VOSTÉ, *Cinquante ans d'études bibliques*: Revue de l'Université d'Ottawa 17 (1947) 193*-218*.

⁶⁶ J. LEVIE, *La crise de l'Ancient Testament*: NRT 56 (1929) 818-839.

⁶⁷ J. SALGUERO, *Los estudios bíblicos y la Iglesia*: CuBi 16 (1959) 76-92.

⁶⁸ J. SALGUERO, *Situación...*: CuBi 16 (1959) 287.

consecuencias. Surgen preguntas y es necesario responder razonablemente a ellas. Así, cuando a partir de la «Divino Afflante Spiritu» el horizonte se despeja, la floración de estudios exegéticos serios es notable. Los estudiosos católicos estaban en condiciones de hacerlos y de intentar recuperar lo más posible el tiempo de su forzada cuasi inactividad⁶⁹.

Siguen existiendo algunas dificultades durante un cierto período de tiempo. Pero cada vez menores y más localizadas. La suerte está echada y es irrevocable, como las leyes de medos y persas. Es notable observar entre los católicos un talante científico y mentalidad bastante semejante o, al menos, afín. Sin desaparecer las opciones personales en puntos concretos, todos hablan un mismo lenguaje y son capaces de entenderse o discutir entre sí.

El Concilio señala, como está dicho, el final de los conflictos. A partir de entonces la libertad, tantas veces predicada, es una feliz realidad con buenas consecuencias, a mi entender, para la vida de la Iglesia y sin serios peligros.

La producción exegética es, en conjunto, abundante y sólida, como consta en una rápida ojeada de bibliotecas, catálogos, revistas o congresos. Por tratarse de lo actual, no será preciso detenerse en ella. Baste notar la tranquilidad con la cual los exegetas trabajan y producen, en contraste con la agitada historia anterior. Ocupados con los problemas internos a su especialidad —que ciertamente no son pocos ni pequeños—, buscan un mayor conocimiento de la Palabra, aplicando métodos más convenientes, sabiendo que no es con estos métodos con los que se amenaza la fe, sino más bien lo contrario. De hecho la teología actual debe no poco a este silencioso trabajo, realizado entre dificultades hasta hace relativamente poco tiempo. La exégesis no es fin en sí misma ni trabaja aislada de las otras disciplinas teológicas y, mucho menos, de la realidad vital de la Iglesia. Pero necesita libertad y sosiego.

La calidad de esta actividad ha subido. Cada vez se oye menos el «*catholici non leguntur*». Al mismo tiempo que la coincidencia ecuménica, nacida al amparo de una labor científica seria y menos condicionada por elementos ajenos a ella, conoce una época prometedora.

⁶⁹ De ellos dan muestra las obras ya citadas y otras como la de J. L. ARNALDICH, *La actividad bíblica de los franciscanos y capuchinos de habla hispana de 1943 a 1972*: Salmant 21 (1974) 163-174.

V. REFLEXIONES

Es hora ya, expuestos los datos, de reflexionar sobre ellos «sine ira et studio».

Hasta aquí no he distinguido mucho los niveles de Magisterio universal. Hemos visto, a renglón seguido y en aparente igualdad de rango, encíclicas, decretos, «motus proprios», cartas de Congregaciones romanas...

Es obvio que no todos esos documentos o actos revisten el mismo carácter o importancia. Pero interesaba más determinar y señalar las líneas o tónicas generales de mentalidad en la Iglesia oficial. Para ello las intervenciones «menores» resultan interesantes, porque expresan con mayor libertad actitudes subyacentes en documentos más elevados. Tampoco hemos seguido el Magisterio local o particular de obispos. Hubiese complicado con exceso la tarea y su influencia es menor.

Una primera conclusión nada desdeñable: aun en momentos difíciles, el Magisterio supremo no da el paso de condenar o rechazar globalmente los métodos científicos nuevos. Lo hacen círculos conservadores de escrituristas, y uno puede razonablemente suponer que deseaban lo hiciesen las más altas instancias y de forma más solemne. Pero esto no llega a realizarse. Allí donde sucedió en ciertos niveles no supremos, como en las respuestas y documentos de ciertas épocas de la Comisión Bíblica, se trataba más bien de lo tocante a ciertos resultados y dejaban algunas puertas abiertas, que resultaron muy útiles cuando hubo de andarse por otros caminos. Pero así y todo nadie desearía encontrarse en la situación de aquellos que tuvieron que enderezar declaraciones anteriores.

Viendo las presiones de esos círculos y su mentalidad uno ha de felicitar de que no consiguieran mayores logros en cuanto a condenas y frenazos. Indudablemente la tradicional prudencia del Magisterio tuvo aquí también su papel, bajo la influencia, creemos, del Espíritu.

Como corolario a esta observación primera se desprende la enorme necesidad de que el Magisterio cuide sus intervenciones previendo, en lo posible, cómo van a ser utilizadas y aun manipuladas por los distintos sectores. En nuestro recorrido histórico ha quedado claro cómo en los primeros años del siglo sobre todo grupos y personajes conservadores a ultranza y agresivos aprovechan los menores resqui-

cios de las intervenciones magisteriales para explotarlas en un sentido más intemperante que el propio de ellas.

Naturalmente también las otras tendencias procuran hacer lo propio. Pero no es nuevo notar que el avance y la apertura en la estructura de la Iglesia moderna ha encontrado mayor resistencia y menor apoyo en lo oficial. Sobre todo en ciertos momentos.

De ahí que, quizás para evitar esa explotación, lo más conveniente sea no menudear las intervenciones, particularmente sobre puntos nuevos o todavía en discusión, o bien dejar que sean los peritos en la materia quienes vayan dirimiendo las cuestiones, observados atentamente por las instancias jerárquicas que pueden limitar su intervención a confirmar los resultados cuando éstos están suficientemente claros.

Por otra parte, es enormemente arriesgado hacer el juicio sobre los peligros para la ortodoxia y sana doctrina, de forma prematura y sobre materias aún no suficientemente estudiadas. De hecho los métodos histórico-críticos, tan denigrados en ciertas épocas por los hipotéticos peligros que representaban, lejos de atentar contra los fundamentos de la fe, cuando han sido utilizados correctamente —que es en la mayoría de los casos dentro de la exégesis católica— han producido resultados altamente beneficiosos.

Y es que la auténtica ciencia se acaba imponiendo y supera los prejuicios y aun decisiones puramente autoritativas. Hay que evitar a toda costa, por muchas razones, el ridículo a que la historia posterior somete alguna de esas medidas.

Desde luego es probablemente positivo juzgar de la oportunidad de la divulgación de ciertas teorías o métodos, sobre todo cuando no han sido controlados cuanto es necesario. Pero entonces se trata de medidas políticas y no doctrinales, y teniendo siempre en cuenta la situación moderna en cuanto a comunicación y publicidad, que de ordinario supera esas posibles medidas, con resultados opuestos a los pretendidos en cuanto a difusión de aquello mismo que se quería reservar.

Cuando no se procede con ese sentido, más bien de prudencia política o pedagógica, sino por prejuicios dogmáticos, de ordinario poco críticos, los resultados son funestos. Particularmente, como fue el caso a principios de siglo, cuando un conservadurismo poco inteligente y chato se pretende apropiarse y monopolizar la ortodoxia por medio de la pura autoridad ⁷⁰.

⁷⁰ Interesantes consideraciones sobre la mentalidad dogmática en el campo de

Efectivamente la ciencia en general y la exegética en particular posee una cierta autonomía y leyes propias. Es inútil, si no contraproducente, oponerse cerrilmente a ella. Se va al fracaso y al ridículo, con consecuencias nefastas para el verdadero prestigio de la autoridad, y aun de la ortodoxia.

Un ejemplo interesante: el Pontificio Instituto Bíblico. No es un secreto para nadie que en intención de su fundador, el conservador P. Fonck, debería oponerse a las nuevas tendencias exegéticas con métodos igualmente científicos, pero con resultados opuestos. Ello había de hacerse en perfecto acuerdo y sumisión a las indicaciones del Magisterio. No sin razón se establecía en Roma. Ahora bien, el hecho es que sin conciencia en absoluto de infidelidad a esta tónica, sino procurando seguirla, nos encontramos en un tiempo relativamente corto, con actitudes exegéticas similares y aun más progresistas que aquellas que se había procurado atacar.

Y al igual que esta institución, toda o casi toda la exégesis producida por jesuitas. En un lapso de tiempo relativamente reducido para estas evoluciones históricas nos encontramos con un número no desdeñable de exegetas de la Compañía de Jesús que conocen y practican los mismos métodos atacados por sus predecesores. Este hecho plantea otros problemas, como por ejemplo el de conciliar la obediencia debida a las orientaciones oficiales, como las de la carta del P. L. Martín, citada más arriba, con las exigencias de la ciencia. Pero la historia está ahí e induce a reflexionar. Los esfuerzos, subjetivamente sinceros y bienintencionados, de coartar los avances exegéticos por vía autoritativa o religiosa no produjeron, a medio plazo, los efectos deseados por sus promotores.

Ello fue patente, por ejemplo, al comienzo del Vaticano II y los años precedentes.

Una vez más quedaba de relieve cómo una apologética apresurada, no crítica y «desde arriba», por medidas básicamente autoritativas, no producía los fines pretendidos. En cambio, éstos se consiguen con un uso adecuado de los métodos científicos.

Es obvio que el problema es cuándo se usan «adecuadamente» esos métodos. Pero son quienes los utilizan, en comunión con la Iglesia, con competencia y buena voluntad, los que están en mejores condiciones de decirlo.

Otro aspecto curiosísimo de las actuaciones restrictivas del Magisterio fue que llevaron, de hecho, a los exegetas a ocuparse más del

la ciencia y de la educación se encuentran en L. LÓPEZ-YARTO, *Dogmatismo y educación* (Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas II, 6), Madrid 1980.

Nuevo Testamento que del Antiguo. Hubieron de abandonar temas aparentemente más conflictivos para pasarse a campos también aparentemente más sencillos. Pero los estudios sobre ellos, profundizados y hasta la raíz, suscitaron y resolvieron cuestiones más sustanciales para la fe que la autenticidad mosaica del Pentateuco, piedra de tropiezo durante tantos años a finales del siglo XIX y comienzos del XX, cosa poco menos que inconcebible para las actuales generaciones de profesores y alumnos de Escritura.

De orden más profundo es esta otra reflexión: a fuer de sinceros ha de reconocerse que las cautelas impuestas, por discutibles que fueran algunas de sus motivaciones, a veces trajeron efectos positivos. Recuerdan, por de pronto, cómo la Iglesia no reposa únicamente sobre la Biblia; que la comunidad, y comunidad jerarquizada, es el lugar más propio para leer y entender la Escritura, lo cual impone ciertas inevitables limitaciones; que la pura ciencia o crítica no es el único ni último criterio de interpretación. Rasgos como éstos han sido experimentados en una historia de casi dos mil años, y aun cuando no justifiquen pasados o presentes errores o abusos, no se puede ignorarlos o no contar con ellos.

En pura perspectiva sociológica no se puede pertenecer a un grupo, con las ventajas que ello implica, sin pagar algo a cambio, quizás en renuncia a una hipotética autonomía⁷¹. Con ello no se pretende justificar o racionalizar, sino intentar un punto de vista más global. Lo cual es importante en una comunidad como la Iglesia católica, en que ninguna minoría tiene lugar privilegiado en cuanto tal.

De esta manera el servicio a tal comunidad, finalidad última del esfuerzo teológico y exegético, prima sobre otras consideraciones, por ejemplo, la divulgación y propagación de los últimos avances o hipótesis científicas, que podrían ir contra algunos de los miembros más débiles de esa comunidad. Efectivamente, tal ha sido la justificación de no pocas medidas restrictivas en nuestro campo. Con exceso en algunas ocasiones. Porque es un arma peligrosa, precisamente por encerrar en sí un principio auténtico y útil, pero susceptible de ser manejada mal. En efecto, ¿cómo se sabe a priori lo que va a dañar a tal comunidad, sobre todo cuando la estimación de ello va a venir de círculos quizás alejados de la misma comunidad real? O bien, ¿es posible hoy día impedir o coartar esa divulgación, cuando la sociedad y particularmente los medios de comunicación no están bajo un control

⁷¹ Cf. E. J. BYRNE, *Catholic Tradition and Biblical Criticism*, en *Mémorial Lagrange*, Paris 1940, 230-237. Aun cuando las circunstancias en este campo han cambiado mucho en estos cuarenta años, no todo es pasajero en la Iglesia.

absoluto, sino todo lo contrario? ¿No se trata más bien de un esfuerzo condenado al fracaso en la mayoría de los casos?

En todo caso, y considerados estos extremos, el exegeta católico, como todo teólogo, ha de mantener el difícil equilibrio entre la libertad, el espíritu científico con todas sus exigencias, la apertura a las nuevas teorías, el avance en sus especialidades y la fidelidad y servicio a la comunidad real, tal como existe, con su jerarquía y sus miembros, y también con las limitaciones que ello le puede imponer en ciertos momentos, pero que le posibilitan también que su trabajo no sea estéril o interese sólo a unos pocos iniciados.

Para terminar podrían citarse y suscribirse unas palabras de nuestro principal acompañante, M. J. Lagrange: «Ningún exegeta católico puede tener la pretensión de sustraerse al juicio dogmático de la Iglesia; pero ninguna autoridad puede sustraer nuestras producciones, en su parte científica, al juicio de los hombres competentes, ni impedir que ese veredicto sea explotado contra la Iglesia, si nota una insuficiencia real»⁷².

FEDERICO PASTOR-RAMOS

⁷² M. J. LAGRANGE, *La méthode historique*, Paris 1904, XVIII.